



PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN (EL PLANTÍO)

CUARESMA 2025

MATERIAL PARA LA ORACIÓN EN CUARESMA

Un himno antiguo para despedir el canto Aleluya hasta Pascua Alleluia dulce carmen (del Himnario de Canterbury)

“Aleluya” es el canto suave,
la voz del gozo perenne,
“aleluya” es la melodiosa
alabanza propia de los coros
celestiales que cantan
en la casa de Dios por los siglos.

Toda la Jerusalén celeste,
como madre gozosa, es un “aleluya”;
“aleluya” es la voz
de tus ciudadanos jubilosos;
pero los canales de Babilonia nos apremian
a cantar como expatriados.

Nosotros ahora no merecemos
entonar el perenne “aleluya”;
pues el reato de nuestros pecados
nos impulsa a interrumpirlo;
el tiempo mismo nos insta a gemir
por los pecados que hemos cometido.

Por eso, en medio de nuestra alabanza,
te pedimos, oh Trinidad santa,
que nos concedas contemplar
tu Pascua en el cielo;
allí cantaremos en tu honor
el “aleluya” eterno. Amén.

Dos textos para meditar al principio de la Cuaresma

Fijemos con atención nuestra mirada en la sangre de Cristo, y reconozcamos cuán preciosa ha sido a los ojos de Dios, su Padre, pues, derramada por nuestra salvación, alcanzó la gracia de la penitencia para todo el mundo.

Recorramos todas las generaciones y aprenderemos cómo el Señor, de generación en generación, concedió un tiempo de penitencia a los que deseaban convertirse a él. Jonás anunció a los ninivitas la destrucción de su ciudad, y ellos, arrepentidos de sus pecados, pidieron perdón a

Dios y, a fuerza de súplicas, alcanzaron la indulgencia, a pesar de no ser del pueblo elegido.

De la penitencia hablaron, inspirados por el Espíritu Santo, los que fueron ministros de la gracia de Dios. Y el mismo Señor de todas las cosas habló también con juramento de la penitencia, diciendo: Por mi vida, oráculo del Señor, juro que no quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta; y añade aquella hermosa sentencia: Cesad de obrar mal, casa de Israel. Di a los hijos de mi pueblo: «Aunque vuestros pecados lleguen hasta el cielo, aunque sean como púrpura y rojos como escarlata, si os convertís a mí de todo corazón y decís: «Padre», os escucharé como a mi pueblo santo».

Queriendo, pues, el Señor que todos los que él ama tengan parte en la penitencia, lo confirmó así con su omnipotente voluntad.

Obedezcamos, por tanto, a su magnífico y glorioso designio, e implorando con súplicas su misericordia y benignidad, recurramos a su misericordia y convirtámonos, dejadas a un lado las vanas obras, las contiendas y la envidia que conduce a la muerte.

Seamos, pues, humildes, hermanos, y deponiendo toda jactancia, ostentación, insensatez y los arrebatos de la ira, cumplamos lo que está escrito, pues lo dice el Espíritu Santo: No se gloríe el sabio de su sabiduría, no se gloríe el fuerte de su fortaleza, no se gloríe el rico de su riqueza; el que se gloríe, que se gloríe en el Señor, para buscarle a él y practicar el derecho y la justicia; especialmente si tenemos presentes las palabras del Señor Jesús, aquellas que pronunció para enseñarnos la benignidad y la longanimidad.

Dijo, en efecto: Sed misericordiosos, y alcanzaréis misericordia; perdonad, y se os perdonará; como vosotros hagáis, así se os hará a vosotros; dad, y se os dará; no juzguéis, y no os juzgarán; como usareis la benignidad, así la usarán con vosotros; la medida que uséis la usarán con vosotros.

Que estos mandamientos y estos preceptos nos comuniquen firmeza para poder caminar, con toda humildad, en la obediencia de sus santos consejos. Pues dice la Escritura santa: En ése pondré mis ojos: en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras.

Como quiera, pues, que hemos participado de tantos, tan grandes y tan ilustres hechos, emprendamos otra vez la carrera hacia la meta de paz que nos fue anunciada desde el principio y fijemos nuestra mirada en el Padre y Creador del universo, acogiéndonos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de su paz.

San Clemente I (Carta a los Corintios)

Entramos, amadísimos, en la Cuaresma, es decir, en una fidelidad mayor al servicio del Señor. Viene a ser como si entrásemos en un combate de santidad. Por tanto, preparemos nuestras almas a las embestidas de las tentaciones, sabiendo que cuanto más celosos nos mostremos de nuestra salvación, más violentamente nos atacarán nuestros adversarios.

Pero el que habita en medio de nosotros es más fuerte que quien lucha contra nosotros. Nuestra fortaleza viene de Él, en cuyo poder hemos puesto nuestra confianza. El Señor permitió que le visitase el tentador, para que nosotros recibiésemos, además de la fuerza de su socorro, la enseñanza de su ejemplo.

Acabáis de oírlo: venció a su adversario con las palabras de la Ley, no con el vigor de su brazo. Sin duda, su Humanidad obtuvo más gloria y fue mayor el castigo del adversario, al triunfar del enemigo de los hombres como mortal, en vez de como Dios. Ha combatido para enseñarnos a pelear en pos de El. Ha vencido para que nosotros del mismo modo seamos también vencedores. Pues no hay, amadísimos, actos de virtud sin la experiencia de las tentaciones, ni fe sin prueba, ni combate sin enemigo, ni victoria sin batalla.

La vida transcurre en medio de emboscadas, en medio de sobresaltos. Si no queremos vernos sorprendidos, debemos vigilar. Si pretendemos vencer, hemos de luchar. Por eso dijo Salomón cuando era sabio: "hijo, si entras a servir al Señor, prepara tu alma para la tentación" (Sir 2, 1). Lleno de la ciencia de Dios, sabía que no hay fervor sin trabajos y combates. Y previendo los peligros, los advierte a fin de que estemos preparados para rechazar los ataques del tentador.

Instruidos por la enseñanza divina, amadísimos, entremos en el estadio escuchando lo que el Apóstol nos dice sobre esta pelea: "no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso" (Ef 6, 12). No nos hagamos ilusiones. Estos enemigos, que desean perdernos, entienden bien que contra ellos se encamina todo lo que intentamos en favor de nuestra salvación. Por eso, cada vez que deseamos algún bien, provocamos al adversario. Entre ellos y nosotros existe una oposición inveterada, fomentada por el diablo, porque, habiendo sido ellos despojados de los bienes que nos alcanza la gracia de Dios, nuestra justificación les tortura. Cuando nosotros nos levantamos, ellos se hunden. Cuando volvemos a reponer nuestras fuerzas, ellos pierden la suya. Nuestros remedios son sus llagas, pues la

curación de nuestras heridas los lastima: "estad, pues, alerta, dice el Apóstol; ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia, y calzados los pies, prontos para anunciar el Evangelio de la paz. Embraced en todo momento el escudo de la fe, conque podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios" (Ef 6, 14-17).

San León Magno (Homilía I sobre la Cuaresma)

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2025

Caminemos juntos en la esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

Con el signo penitencial de las cenizas en la cabeza, iniciamos la peregrinación anual de la santa cuaresma, en la fe y en la esperanza. La Iglesia, madre y maestra, nos invita a preparar nuestros corazones y a abrirnos a la gracia de Dios para poder celebrar con gran alegría el triunfo pascual de Cristo, el Señor, sobre el pecado y la muerte, como exclamaba san Pablo: «La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?» (1 Co 15,54-55). Jesucristo, muerto y resucitado es, en efecto, el centro de nuestra fe y el garante de nuestra esperanza en la gran promesa del Padre: la vida eterna, que ya realizó en Él, su Hijo amado (cf. Jn 10,28; 17,3).

En esta cuaresma, enriquecida por la gracia del Año jubilar, deseo ofrecerles algunas reflexiones sobre lo que significa caminar juntos en la esperanza y descubrir las llamadas a la conversión que la misericordia de Dios nos dirige a todos, de manera personal y comunitaria.

Antes que nada, caminar. El lema del Jubileo, “Peregrinos de esperanza”, evoca el largo viaje del pueblo de Israel hacia la tierra prometida, narrado en el libro del Éxodo; el difícil camino desde la esclavitud a la libertad, querido y guiado por el Señor, que ama a su pueblo y siempre le permanece fiel. No podemos recordar el éxodo bíblico sin pensar en tantos hermanos y hermanas que hoy huyen de situaciones de miseria y de violencia, buscando una vida mejor para ellos y sus seres queridos. Surge aquí una primera llamada a la conversión, porque todos somos peregrinos en la vida. Cada uno puede preguntarse: ¿cómo me dejo interpelar por esta condición? ¿Estoy realmente en camino o un poco paralizado, estático, con miedo y falta de esperanza; o satisfecho en mi zona de confort? ¿Busco caminos de liberación de las situaciones de pecado y falta de dignidad? Sería un buen ejercicio cuaresmal confrontarse con la realidad

concreta de algún inmigrante o peregrino, dejando que nos interpele, para descubrir lo que Dios nos pide, para ser mejores caminantes hacia la casa del Padre. Este es un buen “examen” para el viandante.

En segundo lugar, hagamos este viaje juntos. La vocación de la Iglesia es caminar juntos, ser sinodales. Los cristianos están llamados a hacer camino juntos, nunca como viajeros solitarios. El Espíritu Santo nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos. Caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios (cf. Ga 3,26-28); significa caminar codo a codo, sin pisotear o dominar al otro, sin albergar envidia o hipocresía, sin dejar que nadie se quede atrás o se sienta excluido. Vamos en la misma dirección, hacia la misma meta, escuchándonos los unos a los otros con amor y paciencia.

En esta cuaresma, Dios nos pide que comprobemos si en nuestra vida, en nuestras familias, en los lugares donde trabajamos, en las comunidades parroquiales o religiosas, somos capaces de caminar con los demás, de escuchar, de vencer la tentación de encerrarnos en nuestra autorreferencialidad, ocupándonos solamente de nuestras necesidades. Preguntémonos ante el Señor si somos capaces de trabajar juntos como obispos, presbíteros, consagrados y laicos, al servicio del Reino de Dios; si tenemos una actitud de acogida, con gestos concretos, hacia las personas que se acercan a nosotros y a cuantos están lejos; si hacemos que la gente se sienta parte de la comunidad o si la marginamos. Esta es una segunda llamada: la conversión a la sinodalidad.

En tercer lugar, recorramos este camino juntos en la esperanza de una promesa. La esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5), mensaje central del Jubileo, sea para nosotros el horizonte del camino cuaresmal hacia la victoria pascual. Como nos enseñó el Papa Benedicto XVI en la Encíclica *Spe salvi*, «el ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: “Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rm 8,38-39)». Jesús, nuestro amor y nuestra esperanza, ha resucitado, y vive y reina glorioso. La muerte ha sido transformada en victoria y en esto radica la fe y la esperanza de los cristianos, en la resurrección de Cristo.

Esta es, por tanto, la tercera llamada a la conversión: la de la esperanza, la de la confianza en Dios y en su gran promesa, la vida eterna. Debemos preguntarnos: ¿poseo la convicción de que Dios perdona mis pecados, o me comporto como si pudiera salvarme solo? ¿Anhele la salvación e invoco la ayuda de Dios para recibirla? ¿Vivo

concretamente la esperanza que me ayuda a leer los acontecimientos de la historia y me impulsa al compromiso por la justicia, la fraternidad y el cuidado de la casa común, actuando de manera que nadie quede atrás?

Hermanas y hermanos, gracias al amor de Dios en Jesucristo estamos protegidos por la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5). La esperanza es “el ancla del alma”, segura y firme. En ella la Iglesia suplica para que «todos se salven» (1 Tm 2,4) y espera estar un día en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo. Así se expresaba santa Teresa de Jesús: «Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo» (Exclamaciones del alma a Dios, 15, 3).

Que la Virgen María, Madre de la Esperanza, interceda por nosotros y nos acompañe en el camino cuaresmal.

Roma, San Juan de Letrán, 6 de febrero de 2025, memoria de los santos Pablo Miki y compañeros, mártires.

FRANCISCO

Para orar al principio de la Cuaresma...

I

Es justo y necesario que te demos gracias,
Señor, Padre santo, Dios eterno y omnipotente,
por Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro.

Él es el pan de vida,
el alimento de gracia
y sustento de nuestra debilidad.

Quienes lo comen no tiene más hambre
y cuantos tienen sed de él
quedan saciados por los torrentes
que manan de sus mismas entrañas.

Su deseo aleja el hambre;
su amor extingue la sed;
su presencia nutre la pureza.

Por él te pedimos, oh Dios Padre,
que, en este camino que empezamos,
tu mirada descanse sobre nosotros,
para que no haya doblez en nuestros corazones,
ni dañemos a nuestros amigos con engaños,
ni nuestra vida ceda a la tentación de la gula,
ni se manche por consentir a deseos carnales,

ni sucumba aplastada bajo el peso del ayuno,
ni se exponga a los atractivos de la vanidad,
ni caiga en el desorden del odio,
ni se hunda en lo más bajo por los estímulos de las riquezas.
Más bien, oh Dios Padre,
cólmanos de tu dulzura
y haz que observemos con todo fervor tus mandamientos.
Santifica con tu bendición
este comienzo de nuestros ayunos
de tal modo que puedas recompensarnos
una vez llegados al término de los mismos,
a la celebración de la pasión.
Que de tal manera observemos con fidelidad
la abstinencia de estos días
que, cuando lleguemos al final de este tiempo,
podamos alabarte proclamando y diciendo así:
Santo, Santo, Santo.

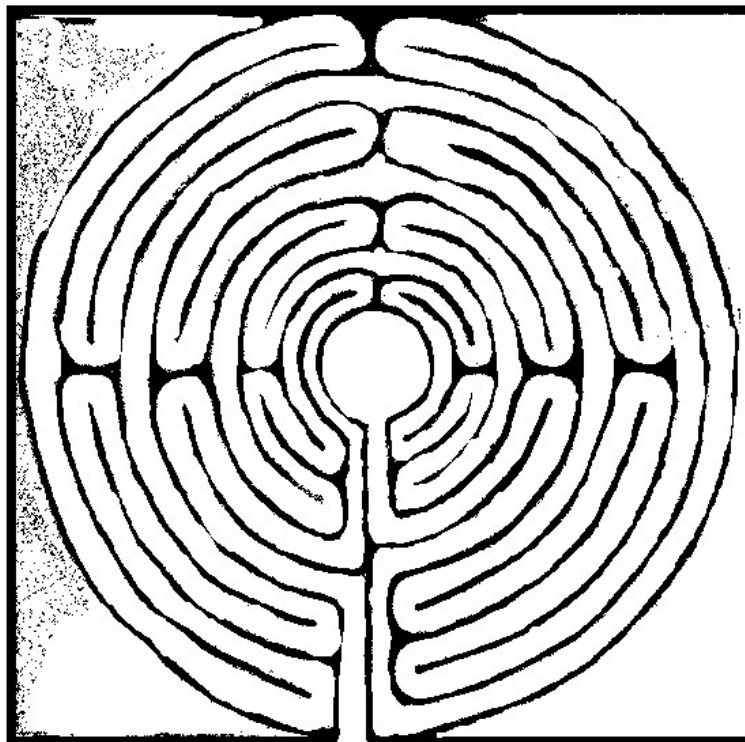
(Misal hispano-mozárabe)

II

Es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte siempre gracias,
Señor, Padre santo, Dios eterno y todopoderoso.
Después de que tu criatura, el hombre,
cayese en la trasgresión del precepto,
sucumbiendo a la apetencia de un manjar engañoso,
y fuese expulsado de la morada de la alegría,
tú nos diste en tu Hijo el verdadero pan,
que da la vida al ser comido
para que por la transmisión del pecado,
la ley no atenazara a su abatida descendencia.
Él, bajando del cielo,
llenó con la gracia de su confesión
el interior de los fieles
y por el poder de su palabra ofreció alimento,
sin reparar en el precio;
así enseñó a buscarlo mediante un ayuno aceptable,
para que no se desee la sujeción a la comida,
sino a los mandamientos;
solamente si tiene una fe pura,
la frugalidad obtendrá la victoria
y sólo quien se siente redimido por la palabra,

vivirá, si puede creer en esa palabra.
Gracias a la fe sabrá que es su alimento
el mismo que fue su precio;
con la oblación de su cuerpo y de su sangre,
el que era la vida se entregó para la vida,
a fin de redimir a la vida;
por esto permanezcamos en él
para que él permanezca en nosotros.
Así conservó la potencia de la divinidad,
así manifestó la gracia de su amor,
para que en virtud de este alimento
viviesen por siempre aquellos a los que había llamado,
si quieren vivir en él los que por él han sido alimentados.
Por esto, todos los ángeles y arcángeles
no cesan de alabarle cada día, diciendo:
Santo, Santo, Santo.

(Misal hispano-mozárabe)



Para la liturgia de la Eucaristía en el tiempo de Cuaresma:

INVOCACIONES PARA LA TERCERA FÓRMULA DEL ACTO PENITENCIAL:

-I-

Tú que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.

Tú que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo, ten piedad.

Tú que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.

-II-

Tú que borras nuestras culpas: Señor, ten piedad.

Tú que creas en nosotros un corazón puro: Cristo, ten piedad.

Tú que nos devuelves la alegría de la salvación: Señor, ten piedad.

-III-

Tú que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: Señor, ten piedad.

Tú que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

Tú que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

ACLAMACIÓN AL RELATO DE LA CONSAGRACIÓN:

El sacerdote:

Proclamemos el Misterio de la fe

Y el pueblo responde:

Sálvanos, Salvador del mundo, que nos has liberado por tu cruz y resurrección.

De las Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario, sobre el tiempo de la Cuaresma

27. El tiempo de Cuaresma está ordenado a la preparación de la celebración de la Pascua: la liturgia cuaresmal prepara para la celebración del misterio pascual tanto a los catecúmenos, haciéndolos pasar por los diversos grados de la iniciación cristiana, como a los fieles que recuerdan el bautismo y hacen penitencia.

28. El tiempo de Cuaresma va desde el miércoles de Ceniza hasta la Misa de la Cena del Señor exclusive. Desde el comienzo de Cuaresma hasta la Vigilia pascual no se dice Aleluya.

29. En el miércoles de Ceniza al comienzo de Cuaresma, que en todas partes es tenido como día de ayuno, se imponen las cenizas.

30. Los domingos de este tiempo reciben el nombre de domingo I, II, III, IV, V de Cuaresma. El domingo sexto, en que comienza la Semana Santa, es llamado domingo de Ramos en la Pasión del Señor.

31. La Semana Santa tiene la finalidad de recordar la Pasión de Cristo desde su entrada mesiánica en Jerusalén.

El Jueves Santo por la mañana, el Obispo, que concelebra la Misa con sus presbíteros, bendice los santos óleos y consagra el crisma.

Normas particulares del tiempo de Cuaresma (tomado del Calendario litúrgico pastoral de la CEE)

Misa

1. El formulario de la misa es propio para cada misa.

2. Durante las ferias de Cuaresma se dice la misa del día litúrgico propio. Toda memoria que pueda estar señalada para ese día debe tomarse como libre, y solo se hace conmemoración: se toma la oración colecta, el resto de las oraciones deben tomarse del día litúrgico propio (cf. OGMR, 355a; NUALC, 14). El prefacio se toma del tiempo.

3. En el Miércoles de Ceniza y las ferias de Semana Santa no está permitido hacer ninguna memoria, ni siquiera como conmemoración (cf. OGMR, 355a).

4. Durante la Cuaresma no se permiten las misas por diversas necesidades y votivas, a menos que haya mandato o permiso del Ordinario debido a alguna grave necesidad o utilidad pastoral, exceptuando en todo caso las solemnidades, los domingos, el Miércoles de Ceniza y las ferias de Semana Santa (cf. OGMR, 374; NUALC, 16a).

5. Los domingos no se permiten las misas de difuntos, tampoco la exequial (cf. OGMR, 380). En el Miércoles de Ceniza y las ferias de Semana Santa solo se permite la misa exequial. Durante el resto de las ferias del tiempo de Cuaresma pueden celebrarse la misa exequial y las misas de difuntos después de recibida la noticia de la muerte y en el primer aniversario, pero no se permiten las misas cotidianas de difuntos durante todo este tiempo litúrgico (cf. OGMR, 381).

6. El color de las vestiduras litúrgicas es el morado o violeta. El rosa puede emplearse el Domingo IV «Lætare» (cf. OGMR, 346d.f.). En las memorias de los santos, aunque se haga conmemoración, debe usarse el color morado o violeta.

7. Desde el comienzo de la Cuaresma hasta la Vigilia pascual no se dice Aleluya en ninguna celebración, incluidas las solemnidades y las fiestas. En su lugar se canta el versículo que presenta el Leccionario (cf. OGMR, 62a.b.; NUALC, 28). En las solemnidades y fiestas se dice Gloria.

Liturgia de las Horas

8. En los oficios del tiempo, excepto en días particulares, se usan los elementos propios del tiempo de Cuaresma, además de la antífona del invitatorio y el himno de la hora. La salmodia se toma del día de la semana en el ciclo de cuatro semanas.

9. Las memorias de los santos que accidentalmente cayeran en Cuaresma han de considerarse como memorias libres. Si alguien quisiera hacer conmemoración de ellas se realizan de la siguiente manera (cf. OGLH, 239):

- En el Oficio de lectura se reza todo del Tiempo, y después de la segunda lectura y su responsorio se añade la lectura hagiográfica propia

del santo con su responsorio y se concluye con la oración del santo.

- En Laudes y Vísperas se reza todo del tiempo, y después de la oración conclusiva (que se dice sin la conclusión acostumbrada «Por nuestro Señor Jesucristo...»), se añade la antífona propia del santo (o del Común) y la oración del santo con la conclusión.

10. No se dice Aleluya en ninguna celebración. En las solemnidades y las fiestas se dice Te Deum, pero no en los domingos.

11. Los salmos de la Hora intermedia con una antífona sola.

12. Los pastores han de procurar que las Horas principales, especialmente las Vísperas, se celebren comunitariamente en la Iglesia los domingos y fiestas más solemnes (SC, 100).

Calendarios particulares

13. Los domingos no se permite ninguna celebración; las solemnidades se trasladan al lunes siguiente (no el precepto), las fiestas y memorias que coinciden este año se omiten.

14. En los otros días se admite la celebración de solemnidades y fiestas; las memorias siempre de acuerdo a lo dicho en el n. 2.

Otros

15. Recomiéndese a los fieles una participación más intensa y más fructuosa en la Liturgia cuaresmal y en las celebraciones penitenciales. Exhórteseles, sobre todo, para que, según la ley y la tradición de la Iglesia, se acerquen en este tiempo al sacramento de la Penitencia y puedan así participar con el alma purificada en los Misterios Pascuales. Es muy conveniente que el sacramento de la Penitencia se celebre, durante el tiempo de Cuaresma, según el rito para reconciliar a varios penitentes con confesión y absolución individual, tal como viene indicado en el Ritual Romano (cf. Ritual de la Penitencia, 295-314). Los pastores estarán más disponibles para el ejercicio del ministerio de la reconciliación y darán facilidades para celebrar el sacramento de la Penitencia.

16. Las celebraciones de la Palabra de Dios son sumamente útiles para

fomentar la vida espiritual, un amor más intenso a la Palabra de Dios y una celebración más fructuosa tanto de la Eucaristía como de los otros sacramentos. Por eso son recomendables en algunos días de Adviento, Cuaresma, y en los domingos y fiestas (CO, 223).

17. Se recomienda que se mantengan y renueven las asambleas de la Iglesia local según el modelo de las antiguas «estaciones» romanas. Estas asambleas de fieles pueden ser convocadas junto a los sepulcros de los santos o en las principales iglesias de la ciudad, o en los santuarios, o en otros lugares tradicionales de peregrinación que sean más frecuentados en la diócesis (cf. CO, 260).

18. Foméntense los ejercicios piadosos que responden mejor al carácter del tiempo de Cuaresma, como es el Vía Crucis, y sean imbuidos del espíritu de la Liturgia, de suerte que conduzcan a los fieles a la celebración del Misterio pascual de Cristo.

19. En la celebración del Matrimonio se advertirá a los esposos que tengan en cuenta la naturaleza peculiar de este tiempo litúrgico. En ningún caso se celebrará el Matrimonio el Viernes Santo ni el Sábado Santo (cf. Ritual del Matrimonio, 32).

20. Se permite el uso del órgano y de los otros instrumentos musicales solo para sostener el canto, como corresponde al carácter penitencial de este tiempo. Se exceptúan las solemnidades, fiestas y el Domingo IV «Lætare» (cf. OGMR, 313).

21. No se puede adornar el altar con flores durante el tiempo de Cuaresma, excepto en las solemnidades, fiestas y el Domingo IV «Lætare» (OGMR, 305; CO, 236).

Sobre la Cuaresma y el sacramento del bautismo

"Esta fuente, dado que está llena de los misterios de la salvación humana, con razón se abre y se cierra, a tenor del Pontifical, y se bendice para que se abra. Se clausura en los días de Cuaresma, se abre en los tiempos de Pascua. El cerrarla en Cuaresma significa que, excepto caso de gravísima necesidad, en estos días no se puede bautizar en manera alguna en todo el mundo. Pero el hecho de abrirla en Pascua por la bendición del pontífice significa que es manifiesto el misterio de la resurrección del Señor, en el cual se abrió la entrada de los hombres para la vida, con el intento de que, consepultado en la muerte de Cristo, resucite con él en la gloria de Dios..." (De Cognitione Baptismi, 107, San Ildefonso de Toledo)

7 puntos a tener en cuenta para vivir adecuadamente la Cuaresma

1. La Palabra de Dios. Es así de sencillo: la Cuaresma no es Cuaresma sin la Palabra de Dios, porque es Dios el que nos habla para que convirtamos nuestro corazón al suyo. Por eso, leer la Palabra de Dios requiere un tiempo fijo cada día, el tiempo que funda el día, que le da sentido a lo que voy a vivir y a cómo voy a acogerlo. Si no sabes por dónde leer, no lo dudes: las lecturas de la misa son la guía excelente, “lámpara para mis pasos”, que escuchar con fe.
2. Los catecúmenos. Ahora mismo hay gente que está preparándose intensamente, con gran emoción, para recibir el bautismo en la Pascua. La Iglesia se prepara para dar a luz nuevos hijos en la Vigilia Pascual. Oremos, pues, por ellos, que serán nuestros queridos hermanos, cerca o lejos; cada vez que entres en una iglesia, acuérdate de los que van a entrar pronto en la Iglesia.
3. Es tiempo de pedir perdón por los pecados. Pide perdón por los tuyos confesándote, no de manera rutinaria, vanidosa, sino con gran humildad y profundidad en la preparación, para que descubras el poder transformador de la misericordia de Cristo. Pide perdón en la oración también por los pecados ajenos, para experimentar la comunión de la Iglesia y con toda la humanidad.
4. Haz oración cada día. Pero hazla en silencio: no te hinchas a hablar y hablar. Más bien al contrario, déjate hacer y ayudar por el Espíritu Santo y la Palabra divina. Sin la oración, la conversión no es profunda sino superficial, no dará frutos más allá de la impostura. Reza como el que come algo delicioso, saborea cada palabra, cada silencio, sin buscar rápidos resultados, sino valorando el ser hijo. Por eso, elige bien cómo, cuándo y dónde. Lo demás, corre de cuenta de Dios...
5. Da limosna. De buena gana, da de lo que tienes, comparte no sin mirar al que le das, porque si miras bien, descubrirás a Cristo en aquel al que ayudas. Así, tu fe ayuda a tu amor. Reconoce en esa caridad un fruto humilde del amor de Dios hacia ti, que te da de su amor para que llegue a todos. ¿Qué puedo dar, qué puedo ofrecer o compartir?
6. Ayuna. Sí, aunque no esté de moda. El miércoles de ceniza y el viernes santo, ayuna. No hagas una comida. Pero esta vez, no lo hagas por dieta, hazlo para sustituir ese alimento por una lectura o una obra de caridad. Estas cosas te harán estar fino, muy fino... para Dios. Y los viernes, abstente de comer carne. Recuérдалo desde por la mañana, pues no es un capricho, es que es el día que nuestra carne colgó del madero, y así lo llevamos en el corazón. Por cierto, hay mil cosas más de las que ayunar: la crítica, las redes sociales, la envidia, la vida cómoda, los gastos desmedidos, la vanidad, la mentira, de querer llevar razón siempre...

7. No rehúyas la cruz. La Cuaresma es y nos lleva, como a Cristo, camino de la cruz. Por eso, cuando quieras elegir lo cómodo, lo fácil, lo que te agrada más, tu plan, tu gran idea... entonces, sonríe y recuerda a Simón de Cirene, coge la cruz que cambió su vida y cambia la tuya. La Cuaresma no se hace sin la cruz, pues la vida cristiana sin el poder de la cruz es magia, pero con la cruz es gracia que santifica y une con Cristo. Así nos lo recuerda un ejercicio precioso y propio de estos días: el Via Crucis.

¿Qué es el ayuno? Normativa canónica sobre el ayuno

Desde muy antiguo, los cristianos han preparado las grandes fiestas con ayunos y lecturas de la Palabra de Dios. Ayunar sirve para hacer sitio a vivir de la Palabra de Dios. La Iglesia lo manda, para los mayores de 18 años y menores de 60, el Miércoles de Ceniza, que tiene un sentido penitencial, y el Viernes Santo, que tiene un sentido pascual, de preparación para la fiesta. Los ayunos consisten en no hacer sino una sola comida al día; pero no se prohíbe tomar algo de alimento a la mañana y a la noche.

Otra cosa distinta es la abstinencia, que la Iglesia manda desde los 14 años en adelante para todos los viernes del año (aunque se puede cambiar por otra forma de penitencia, salvo en viernes de Cuaresma, que no se puede cambiar por nada), que es una forma de recordar que en un viernes la carne de Cristo colgó del madero por nuestros pecados.

Ayunamos o nos abstenemos de comer algo como un signo, porque lo que queremos es ayunar del pecado; no tendría sentido abstenerse de comer carne, que es un esfuerzo mínimo, pero no abstenerse de juzgar o de tener envidia, o de cualquier otro pecado, esfuerzos verdaderamente valiosos y coherentes con el signo de privación.



Para orar con los salmos de la misa dominical

I Domingo de Cuaresma

Salmo 90

Tú que habitas al amparo del Altísimo,
que vives a la sombra del Omnipotente,
di al Señor: «Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti.»

No se te acercará la desgracia,
ni la plaga llegará hasta tu tienda,
porque a sus ángeles ha dado órdenes
para que te guarden en tus caminos.

Te llevarán en sus palmas,
para que tu pie no tropiece en la piedra;
caminarás sobre áspides y víboras,
pisotearás leones y dragones.

Se puso junto a mí: lo libraré;
lo protegeré porque conoce mi nombre,
me invocará y lo escucharé.
Con él estaré en la tribulación,
lo defenderé, lo glorificaré.

Gloria.

Oremos. Danos tu fuerza, Padre santo,
para seguir con fidelidad las huellas de tu Hijo
para cargar cada día con su cruz y seguirle,
imitando los ejemplos de su Pasión;
aleja de nosotros todo espíritu de venganza
y haz que sepamos amar a nuestros enemigos
como Cristo que, en la cruz,
pidió perdón por los que le maltrataban.
Amén.

Por tu misericordia, Dios nuestro,
que eres bendito y vives, y todo lo gobiernas,
por los siglos de los siglos.
Amén.

II Domingo de Cuaresma

Salmo 26

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Escúchame, Señor, que te llamo,
ten piedad, respóndeme.

Oigo en mi corazón:

«Buscad mi rostro.»

Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro;
no rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

Gloria.

Oremos. Oh Dios, luz y salvación nuestra:
ahuyenta de nosotros la noche del error y la ignorancia
y otórganos la luz de la verdad y de la ciencia,
para que nuestra esperanza permanezca fija en ti
y se desvanezca la conjura de los perversos
que procuran asediarnos;

sea la roca nuestra exaltación
de modo que, fortalecidos por Cristo,
en quien somos edificados en la fe como creyentes,
seamos, también en Él, eminentes en el amor.

Amén.

Por tu misericordia, Dios nuestro,
que eres bendito y vives, y todo lo gobiernas,
por los siglos de los siglos.

Amén.

III Domingo de Cuaresma

Salmo 102

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

El perdona todas tus culpas,
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura.

El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles.

Gloria.

Oremos. Señor, muestra tu misericordia en favor de tus siervos,
y concédenos tu perdón;
que podamos agradarte con nuestro servicio,
y amando lo bueno
nos alegremos de observar tus preceptos.
Amén.

Por la dignación de tu misericordia,
Dios nuestro,
que vives y lo señoreas todo,
por los siglos de los siglos.
Amén.

IV Domingo de Cuaresma

Salmo 33

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.

Gloria.

Oremos. Tus palabras, Señor, son dulces,
más que la miel en la boca,
porque no dan un placer temporal sino eterno;
concédenos saber guardarlas en el corazón
y ponerlas en práctica.

Amén.

Tú que vives y reinas con el Padre
y el Espíritu Santo, un solo Dios,
por los siglos de los siglos.

Amén.

V Domingo de Cuaresma

Salmo 125

Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sion,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares.

Hasta los gentiles decían:
«El Señor ha estado grande con ellos».
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres.

Recoge, Señor, a nuestros cautivos
como los torrentes del Negueb.
Los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares.

Al ir, iba llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando,
trayendo sus gavillas.

Gloria.

Oremos. Llena, Señor, nuestra boca de gozo,
y nuestra lengua de cantares;
que quienes sembramos con lágrimas la palabra de la vida
cosechemos con gozo el fruto de la justicia.
Amén.

Que nos lo conceda así tu clemencia,
Dios piadoso y admirable,
que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

*VI Domingo de Cuaresma. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.
Salmo 21*

Al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre, si tanto lo quiere.»

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos.

Se reparten mi ropa,
echan a suertes mi túnica.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;

linaje de Jacob, glorifícalo;
temedlo, linaje de Israel.

Gloria.

Oremos. Señor, para que se salven tus predilectos
haz que tu mano salvadora nos responda,
porque es vana toda salvación humana,
si Tú no eres el protector de la vida;
ayúdanos en la tribulación,
y a los que corriges porque los amas,
no los castigues como culpables;
no los dejes como extraños
sino enmiéndalos como hijos tuyos.

Amén.

Con el amparo de tu sumo poder, Dios Padre,
que con el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios,
vives en gloria por todos los siglos de los siglos.
Amén.

Comentario a la Liturgia de la Palabra

I Domingo de Cuaresma.

Para poder desarrollarnos adecuadamente y sacar el máximo rendimiento a nuestras potencialidades es necesario saber primero situarse en la vida. Saber quiénes somos, dónde estamos... ese tipo de cuestiones. Así parece querer instruirnos la Cuaresma desde el principio: Dios nos dio una tierra y la perdimos, nos dio un vergel y merecimos un desierto, pero en esa situación, el Hijo de Dios ha aceptado unirse a nosotros. Y aparece en el desierto para conducirnos a la gloria.

Por eso la temática de los dos primeros domingos de Cuaresma es fija: el primero se nos presentan las tentaciones de Jesús en el desierto, el segundo su transfiguración ante sus discípulos en el monte. Es decir, la Iglesia empieza la cuaresma advirtiendo a los catecúmenos y recordando a los bautizados: seguir al Señor es un camino lleno de tentaciones, pero el poder y la victoria de Cristo se nos comunican a nosotros, hasta el punto de que así seremos transfigurados como Él, con su gloria.

Sólo varía, entonces, el evangelista del cual se toman los textos, que está en función del año en curso. Este año de Lucas, la Cuaresma nos presenta la llamada a la conversión desde la perspectiva de la misericordia del Padre: su amor busca atraer a los hombres hacia sí, pero los hombres no llegan hasta Dios sin más, tienen que experimentar la dureza de la tentación y apropiarse del misterio pascual, pasar, como miembros de un pueblo errante, por la muerte y resurrección para entrar en la presencia de Dios glorificados, transfigurados; para llegar a casa definitivamente.

Para san Lucas, de hecho, el evangelio de hoy contiene una advertencia importante: la tentación es la prueba que termina con el reconocimiento por parte del Padre, y su firme voluntad de permanecer siempre con el Hijo. El cristiano se ve así reconfortado ante las dificultades que se le anuncian. Mientras elijamos comer el pan necesario, escuchar la voluntad del Padre, la Cuaresma, y como ella la vida cristiana, su existencia terminará en gloriosa transfiguración. Porque ser hijos es estar en casa.

Por eso la primera lectura nos presenta la historia de Israel: un arameo errante y su descendencia se convierten, por su fe en Dios, en primicia de un gran pueblo que puede presentar a Dios las primicias de los frutos de su nueva tierra. Ni la esclavitud ni el desierto han podido con la voluntad de Dios: su pueblo ha permanecido con Él, y le devuelve su bendición en forma de cosecha.

Dios permanece junto al hombre, hace que dé fruto, y que pierda, por

tanto, el miedo a todo tipo de desgracias, “áspides y víboras, leones y dragones”, porque en la vida, y como en ella en la Cuaresma, “el Señor está conmigo, en la tribulación”. La Cuaresma es tiempo para experimentar la cercanía de Dios, la protección de Dios; es tiempo para descubrir, en el fondo, el amor de Dios que no se separa de su pueblo cuando este lo pasa mal o es puesto a prueba.

La celebración de la Iglesia, la liturgia, nos enseña a profesar el nombre del Señor (2ª lectura) para poder recurrir a Él en la prueba y en la tentación. Profesando con los labios la fe que llevamos en el corazón experimentamos totalmente la fuerza salvadora de Dios para ir por la vida. Y es que, aunque cada día la tribulación, el Tentador, nos asalta en multitud de ocasiones, el nombre de Jesús tiene el poder de despedir al demonio “hasta otra ocasión”. Nosotros, hijos por Jesús, hijos con Jesús, podemos afrontar el camino cuaresmal, la tentación, la prueba, confiados en que el Señor está con nosotros en cada tribulación. Vamos a caminar, vamos a descubrir dónde reconocemos la presencia del Señor con nosotros y dónde aún somos errantes.

II Domingo de Cuaresma.

“Nos transformará”: no debería pasar inadvertida para nosotros la serena seguridad con la que san Pablo confirma lo que las alianzas que hoy se nos presentan en la Liturgia de la Palabra sellan en nuestra vida como creyentes. Dios nos transformará. No sé en qué punto estáis de vuestra vida, si sois muy conscientes de esto o no, pero mirad, tened por seguro que Dios nos transformará.

Es así que hoy la liturgia nos ofrece por adelantado el final de este camino cuaresmal, el final, análogamente, del camino de nuestra vida. Cristo transfigurado, resplandeciente de gloria, y nosotros, si avanzamos creyentes por este camino, glorificados por Él, que “transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa”. Esto es posible porque “nosotros por el contrario somos ciudadanos del cielo”. El camino cuaresmal nos ofrece la oportunidad de descubrir el rostro de Cristo, y así afianzar nuestra fe de cara a afrontar el misterio pascual en Jerusalén. Van a pasar muchas cosas en Jerusalén, muchas espantosas, pero las podemos afrontar porque somos ciudadanos del cielo, transformados por su condición gloriosa.

Nuestro padre en la fe, Abrán, sin todo este recorrido de la historia, ya creyó. La seguridad de Abraham después de que Dios hiciera pacto con él, en la primera lectura, la seguridad de los discípulos después de que Cristo les mostrara su cuerpo transfigurado, tienen que ser la seguridad de nosotros, sus discípulos, después de participar en la celebración de la liturgia, lugar de alianza y transfiguración para el creyente. Igual que

Abraham pudo entonces seguir adelante en el camino de la promesa, fiado en la alianza con Dios, igual que Pedro, Santiago y Juan bajaron de la montaña camino de Jerusalén habiendo contemplado el poder de Dios, salimos los cristianos de la celebración eucarística.

La luz de Cristo es verdadera, la vieron los testigos del Señor. Y verdadera significa que contiene ese poder de transformar. Por eso, nosotros repetimos una y otra vez: “El Señor es mi luz y mi salvación”. El Señor es mi confianza absoluta, a la que puedo obedecer dejando de lado todo lo que no es propio de mí ni de ti.

La Cuaresma es el tiempo en el que, con esa confianza, empezamos a practicar qué significa haber sido transformados, haber sido iluminados, y aprendemos a elegir las cosas del cielo, con la fe y la penitencia. Es el tiempo en el que, viendo al mundo elegir lo bajo, nosotros vamos aprendiendo a elegir lo alto, porque el día de Pascua se nos invitará a “buscar los bienes de arriba, donde está Cristo”. Es el momento de aprender a ello, y en la fuerza de la Palabra y de la Eucaristía, Dios lo pone a nuestro alcance: ya no es sólo un deseo o un mandato, pues la Alianza verdadera se ha puesto en nuestro corazón, de tal manera que nos veamos inclinados hacia ella.

Si era necesario que los discípulos contemplaran al Señor en gloria para que no perdieran la fe ante lo que iba a suceder en Jerusalén, también nosotros, por la fe, tenemos que aprender a contemplar mediante signos en la liturgia la gloria del Señor, para que nuestra fe no se debilite, sino que se vea fortalecida ante tantas situaciones que, en la vida, intentan sumergirnos en la tiniebla. Sin embargo, “el Señor es mi luz y mi salvación”. La Cuaresma, camino para comprobar cuál es nuestra luz, cuánto es su alcance y dónde nos ofrece la fortaleza para nuestra debilidad día a día. Todo ese camino, y eso tenemos que purificar y asegurar en nosotros, lo hacemos porque sabemos que “nos transformará”: no sabemos qué vendrá, qué sucederá, pero sí sus frutos: que nos hará nuevos, en casa, a los hijos.

III Domingo de Cuaresma.

La Iglesia se ayuda de Moisés para mostrarnos en qué consiste la conversión cuaresmal en este tercer domingo. Tantos sinsabores en la vida, tantas idas y venidas... de repente, en ese espectáculo admirable Moisés se reconoce invitado a poner su confianza en Dios de una forma nueva e insospechada. Ya no es sólo el reconocimiento de un pueblo, es una llamada personal de Dios. La conversión es la respuesta a una llamada de Dios, que se comunica cómo y cuando quiere, y conduce al hombre, si se deja este, hacia donde Él quiere.

La fuerza que tiene la presencia de Dios en la zarza ardiente conmueve al cristiano que, en medio del desierto, en el monte de la Cuaresma, busca a Dios para que dé un sentido a su vida, a su esfuerzo y a sus

sudores de cada día. Como Moisés, llamado por Dios a comenzar una tarea más allá de sus fuerzas, más allá de sus cálculos, el cristiano encuentra esa misión y ese sentido en las palabras del Señor en el evangelio: “si no os convertís, todos pereceréis”.

Moisés es llamado a una conversión profunda para poder guiar a su pueblo según la voluntad de Yahveh, y sin embargo, a su conversión ha de seguir también la de todo su pueblo, pues la voz que va a escuchar de Dios tiene que ser acogida con devoción. La presencia de Cristo, el nuevo Moisés, guiando a su pueblo, nos pone ante la realidad de nuestra llamada a la conversión: en ella se va nuestro caminar por el desierto, se va nuestra vida. La misión que se nos encomienda es la conversión, una conversión que nos permita vivir en comunión con la zarza, entrar en el fuego divino, sin perecer ardiendo en él. La vida eterna, por lo tanto, es el sentido de esta misión. Superior a nuestras fuerzas, superior a nuestros cálculos. Dicho de otra forma, fruto imposible para esta higuera que somos nosotros.

Sin embargo, contamos con la ayuda de quien hace que no haya nada imposible: Dios, como buen y paciente viñador, dispondrá de todo lo necesario para que demos ese fruto que hoy parece inalcanzable. Después de más de dos semanas de Cuaresma, el cristiano ha podido experimentar ya el rigor de este tiempo, la exigencia de la fe en el Dios vivo. Y aparece la tentación del desánimo en cuanto nos miramos a nosotros mismos. No voy a poder. No llego. Como Moisés ante la zarza, podríamos nosotros dudar ante Dios. Pero Dios nos advierte: “El que soy” está siempre con vosotros. Vais a afrontar esta tarea no para unos días, sino “de generación en generación”. Por eso, sin dudar, podemos cantar con el salmo: “El Señor es compasivo y misericordioso, enseñó sus caminos a Moisés”. Así nos enseña a nosotros que en Dios se dan a la vez, paradójicamente, la urgencia de la llamada a la conversión en los actos concretos de nuestra vida, con la paciencia generosa de Dios que espera nuestra conversión. Para el evangelista Lucas la paciencia del Señor es un tema muy importante: así se manifiesta en Cristo la piedad del Dios de Israel, el amor por los suyos, su ternura comprensiva más allá de donde llega la nuestra.

La Cuaresma nos pone en la perspectiva de esa capacidad de Dios para perdonar, para dar más amor y así hacernos más fácil nuestra conversión. Su amor busca ablandar nuestro corazón para que crea más en Él y le prefiera, y se confíe, como Moisés con la zarza. Nuestra piedad de vuelta a Dios se manifiesta en ese deseo de cumplir la voluntad de Dios, de vivir confiados en su amor, como le pide a Moisés y a Israel. En el misterio, como Dios aparece en la zarza, aparece en la liturgia. Dios es nuestro compañero de camino en la Cuaresma. Nos acompaña para indicarnos cómo avanzar y hacia dónde. ¿Escucho

cómo Dios me pide que cambie, en concreto? ¿Veo pasos en mi conversión cuaresmal? Es un buen principio entrar en la liturgia con corazón humilde, a escuchar, a reconocer a Dios. Eso me servirá también para la vida.

IV Domingo de Cuaresma.

Una de las prácticas clásicas del tiempo cuaresmal son los ayunos. En el ayuno, como en la abstinencia, el hombre se priva de algo que hace bien a su cuerpo, y lo hace en memoria de su pecado, por el que se ha hecho merecedor de vagar por el desierto sin comer alimentos de la tierra, incluso cuando recibe el fruto de la benevolencia y la abundancia de Dios, que ha entregado a su Hijo único por nuestro perdón. La liturgia de la Palabra de hoy nos enseña que, frente al ayuno, propio de una vida de pecadores, a nosotros se nos trata como a hijos, que comen en abundancia, incluso del ternero cebado. No ha sido nuestro buen hacer, sino la benevolencia de Dios, que es Padre:

Y es que, si tuviéramos que enumerar todos los ricos detalles de la parábola del hijo pródigo del evangelio de hoy, seguramente no habría homilías, comentarios, experiencias... por eso la liturgia de la palabra se esfuerza no sólo en proponer las riquezas de la Escritura, sino también en fijar la idea que propone: es la primera lectura hoy la que nos enseña qué mirar en la parábola evangélica. En ella, el libro de Josué nos presenta un gran banquete, grande por la cantidad y grande por el significado. El pueblo de Israel come, al entrar en la tierra prometida, en abundancia. Esa abundancia que manifiesta la generosidad de Dios, que cumple su palabra, que ha estado con su pueblo, como prometió a Moisés en la zarza ardiente. Ahora reciben una comida, no sólo a continuación de un duro periodo hambrientos, sino también de forma inmerecida. Han sido un pueblo “de dura cerviz”, desconfiado de su Dios y de su Alianza, pero aún así comen en abundancia, en una tierra también inmerecida.

Y esta comida significa el comienzo de una nueva vida: “Hoy os he despojado del oprobio de Egipto”, es decir, no queda rastro de vuestra esclavitud. Tenéis tierras, vais a levantar casas, tenéis comida abundante: sois libres. Esa es también la experiencia del hijo pródigo que vuelve a casa. Ha acabado su hambre, ha acabado su vagar, ha acabado –con el abrazo del Padre- su pecado.

Por eso, al hablarnos en su Palabra de cómo Dios alimenta a su pueblo, a la Iglesia lo que le sale del corazón es cantar con el salmo “gustad”, porque al comer podéis ver “qué bueno es el Señor”, Él es el que os alimenta.

La Iglesia ejerce una maternidad tierna sobre sus hijos, y cuando hemos atravesado el ecuador de la Cuaresma, con estas lecturas nos

invita a perseverar en la confianza en Dios. No temas por lo que no tengas, no temas por la escasez de frutos, por la ausencia de éxito, no temas no ver la casa, el destino final: Dios te acompaña y no falla a su promesa, te dará en abundancia, sentado a su mesa, si mantienes la confianza en Él, si eres capaz de reconocer tu pecado y dejarte abrazar por el amor de Dios.

El corazón duro, como tiene el hijo pequeño al principio, se resiste a dejarse alimentar, se resiste a dejarse reconciliar. No quiere considerarse dependiente de otros, de Dios, del Padre. Pero si “lo propio de Dios es hacer, lo propio del hombre es dejarse hacer”, decía un santo Padre. Confía, a mitad de la Cuaresma, en el deseo y el amor de Dios. Sigue tu camino. Sonríe, alégrate. El camino es duro, pero el Señor abre sus brazos para protegerte y acompañarte a casa.

La Iglesia canta en la comunión con este salmo: comer la eucaristía es tener conciencia de que ya estamos sentados en casa, ya recibimos el alimento precioso de Dios. Por eso podemos seguir la conversión, por eso tenemos que seguir luchando con el pecado, porque todo lo de Dios es nuestro. ¿Alcanzo a ver, cuando comulgo, dónde estoy sentado, a qué mesa? ¿Me resisto a dejarme cuidar por Dios a su manera? Criaturas nuevas, hijos de Dios, en casa, reconciliados y vencedores sobre el pecado.

V Domingo de Cuaresma.

Lucas, con su evangelio de la misericordia, nos ofrece durante la Cuaresma del ciclo C también la Cuaresma de la misericordia, y con ella nos revela la plenitud de su plan: “Dios no envió al mundo a su Hijo para condenar el mundo sino para que el mundo se salve por Él”, dice san Juan. Resuenan las palabras de Ezequiel: “No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”.

“Algo nuevo”, nos dice hoy la liturgia de la Palabra: Dios realiza algo nuevo, que en la profecía no se manifiesta aún, pero que se contempla en el evangelio. Esto que es nuevo nace del amor de Dios y conduce a purificar el amor de los hombres, reflejado en esta mujer pecadora:

La mujer pecadora del evangelio se acoge a la misericordia del Hijo precisamente para esto, para, arrepentida, poder llevar una vida nueva, que no es, ni más ni menos, que una vida según el mandamiento nuevo, el mandamiento del amor que Cristo nos ha enseñado. La ley de Israel le habría negado esa posibilidad, pero el amor de Dios, su misericordia, le ofrece vivir una vida vuelta hacia Dios: realiza así algo nuevo, hace brotar entre el desierto el camino, entre el pecado el perdón, de tal forma que lo antiguo, lo de antaño, debe ser olvidado.

Contrasta esta actitud de Dios con la actitud del mundo de hoy: todo se

etiqueta, todo se apunta, todo se guarda para hacer daño oportunamente. Dios hace algo nuevo. Sólo el amor puede hacer algo nuevo. Lo otro es cálculo, frialdad, resentimiento. Cuando Cristo trata así a la mujer adúltera, con amor, siembra el germen de una nueva vida, de una nueva sociedad: hace así con ella, y con los leprosos, y con los publicanos, y con el buen ladrón... es el germen de un pueblo nuevo, no movido por la condena al hermano, sino por la alabanza al Señor: “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”. Cualquiera que ha experimentado la misericordia de Dios, que verdaderamente ha tomado conciencia del amor que se le ha ofrecido para limpiar sus pecados, sabe cual es su nueva ocupación, su nueva tarea: la alabanza de Dios. Todo lo anterior se convierte en basura, dice san Pablo en la segunda lectura, porque en volverse hacia Dios puede profundizar en el conocimiento de quien Dios es.

Crear en un mundo, una sociedad, un barrio, una parroquia o una familia en la que todos nos tratemos así no debería ser ejercicio de la imaginación, sino de la memoria: la Iglesia nos enseña cada día, en la celebración litúrgica, a no tener en cuenta nuestros pecados, sino a aprender a alabar al Señor. El cristiano participa en la asamblea litúrgica previamente reconciliado, por eso no tiene que fijarse en los pecados propios o ajenos ya, sino que, entrando en la alabanza de ese nuevo mundo, en ese camino nuevo en medio de la tempestad, se reconoce como hijo de Dios. Lo propio del hijo de Dios es pedir perdón, ser reconciliado, y después, “olvidándome de lo que queda atrás”, alabar al Señor.

La Cuaresma va llegando a su fin: es el momento de hacer ese cambio en lo profundo del corazón, postrarnos a los pies de Jesús para obtener su perdón, y lanzarnos a la nueva vida de la alabanza divina, todos los días, en todos los lugares en los que estemos. Lo interesante de lo nuevo no es la novedad en sí, sino el amor infinito que manifiesta: cualquier experiencia o propuesta que haga la Iglesia hoy ha de nacer de ese amor nuevo, perseverante, fuerte por encima de todo cliché. Jesús ha amado así, ha asumido el misterio pascual así, y ha hecho algo nuevo, cargando con nuestros pecados Él, que no cometió pecado. Esa es la fuerza del amor, la del perdón, la de Dios por nosotros.

VI Domingo de Cuaresma: Domingo de Ramos.

La Iglesia, discípula del Maestro, ha caminado detrás de Él por los caminos, le ha escuchado, ha visto signos y ha participado en la misión de anunciar la conversión por la llegada del Reino de Dios. Es el momento de subir a la ciudad santa para participar en la fiesta de Pascua. El Domingo de ramos es el pórtico de la Semana Santa para la

Iglesia que nos prepara a ello.

La bendición de los ramos y la procesión inicial de la misa dominical son explicadas con el relato de la entrada de Jesús en Jerusalén (Lc 19,28-40). En su entrada, Jesús es reconocido por los discípulos como Rey, por los fariseos como maestro, y por el evangelista que anuncia que si es necesario gritarán las piedras, como profeta. Es un verdadero homenaje a Cristo Rey. El rey que viene a tomar posesión de su trono, y nosotros, su pueblo, subimos con Él, nosotros que sabemos que se encamina hacia su sacrificio en la cruz, que vamos a conmemorar en la celebración eucarística, y es que pronto escucharemos de qué forma misteriosa sucederá esto...

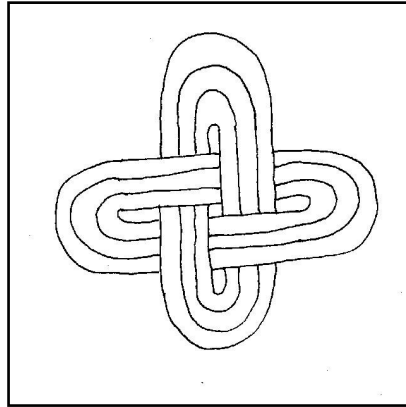
Es lo que nos anuncia la primera lectura, que nos dice que el Rey asumirá su trono no protegiéndose a sí mismo de golpes e insultos. La profecía de Isaías, el tercer cántico del siervo de Yahveh es un auténtico pregón de Semana Santa. Esto va a suceder. Esto por nosotros: el Hijo no va a rebelarse, va a escuchar al Padre, a abrir el oído, es decir, a aceptar los acontecimientos.

La Iglesia, que lo entiende y lo ve venir, canta el Salmo repitiendo las palabras de Cristo en la cruz: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Es la Iglesia quien no tiene la fe del Hijo, es ella, su Cuerpo, la que clama por su Cabeza. Es ella la que va a ser reconfortada cuando escuche a san Pablo escribiendo a los filipenses aquel famoso himno de la segunda lectura: sus sentimientos son los nuestros, acojamos sus sentimientos creyentes los que aprendemos de su confianza en el Padre. La Iglesia sabe que el Señor se anonadó, y que, después del camino cuaresmal, ahora le toca a ella vivir, durante esta semana, esos mismos sentimientos. Así, el próximo domingo, entraremos en la gloria de su Pascua.

Escuchar entera la Pasión según san Lucas es reconocer en ella el culmen de la Cuaresma: hasta dónde llega el amor del Padre, hasta dónde el deseo del Hijo de estar con los hombres; hasta el don del Espíritu y las palabras proféticas al buen ladrón, "hoy estarás conmigo en el Paraíso". La Iglesia se ve reflejada en él, se reconoce como la que va a ser introducida en la casa del Padre por tanto amor, y se prepara para vivir intensamente los días que le lleven a glorificar plenamente al Padre y ser santificada por su Espíritu de amor.

Ciertamente, el Domingo de ramos con su intensa liturgia de la Palabra, busca provocar en nosotros un deseo de vivir estos días para Dios, participando en los misterios pascuales. Nuestra vida moderna nos ofrece mil alternativas para cada día de la Semana Santa, desde el puro descanso hasta las actividades más incoherentes. Y las lecturas de hoy nos acercan a Cristo: si estás con Él estos días, te será mucho más difícil separarte de Él después. Se nos propone el camino de los

discípulos, no el de testigos ocasionales. El Señor pasa, herido de amor, para obtener vida para nosotros. ¿Con qué amor vamos a afrontar estos días? ¿Va a brillar en nosotros la humildad del buen discípulo, deseoso de seguir al Maestro hasta la cruz? Planifiquemos estos días para vivirlos en la comunión de la Iglesia, en la unión con el Señor como prioridad absoluta. Así, el pregón que hemos escuchado dejará un efecto bueno y salvador en nosotros, como el misterio de la cruz.



Ejercicio del Examen de conciencia

Comienzo el examen dirigiendo toda mi atención hacia el Señor, hacia mi Salvador, para tomar conciencia de su presencia y presentarle mi deseo sincero de abrirle mi corazón.

“El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo”.

Invoco ahora, interiormente al Espíritu Santo, para que ilumine lo que hay en mi corazón y pueda reconocerlo. Intento recogerme en ese silencio del corazón, allí donde solo Dios puede entrar.

“Señor, Tú me sondeas y me conoces”.

Entrar en el corazón significa hacer un acto de fe en Dios, de amor hacia Él, que me ha salvado y me ofrece luz para acoger de corazón esa salvación. ¿Cómo me ve el Señor ahí? El Señor me ama tanto que ha venido para librarme del poder de las tinieblas y de la muerte, se ha ofrecido por las ofensas de mi pecado.

“Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”.

Así que puedo hacer memoria de la redención en Cristo, y de cómo Dios manifiesta su gloria por mi medio, dando así sentido a mi vida. ¿Qué imagen de la vida de Cristo viene a mi memoria? ¿Cómo me siento parte de la historia de la salvación?

“Maestro, ¿dónde vives? Venid y lo veréis”.

Ahora recorro el tiempo desde mi última confesión, lo recorro en el corazón donde Dios habita, donde ha podido darme su salvación y donde no la he acogido. Puedo tomar el camino de las relaciones: ¿cómo ha sido mi relación con Dios? ¿cómo mi relación con los hermanos, con los amigos, con los compañeros de trabajo? ¿cómo ha sido mi relación con mi tiempo, para qué lo he empleado? ¿cómo he vivido el tiempo de trabajo, de mi labor, de mis responsabilidades? ¿Ha sido para Dios? ¿Cuál es mi relación con las cosas, aquellas que han estado al alcance de mi mano, las que más me ocupan el corazón? ¿cuales han sido los pensamientos que han ocupado mi tiempo, mi corazón? ¿cuales los más fuertes, los más inquietantes? ¿cuales han sido los deseos que me han entretenido, los proyectos que yo he puesto en mi corazón y que no deberían estar ahí?

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”.

¿Qué ve el Señor cuando me mira, qué quiere Él y qué quiero yo? ¿Hacia donde me llevan las cosas que voy viviendo? ¿Hacia dónde me llevan mis actitudes, mis respuestas a la gente? ¿Hacia dónde me llevan mis pensamientos, los que yo elijo, no los que pasan por ahí? ¿Qué crea desorden o tensión en mi corazón? ¿Qué elecciones no me ponen en paz con Dios? Doy gracias al Señor por las cosas que voy viendo. ¿Qué cosas de mi vida no tienen que ver con mi relación con Dios? ¿Dónde necesito que, en mi vida, el Señor esté más cerca de mí, o mejor dicho, yo me acerque más a Él?

“¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?”

El Señor, con su presencia en todas estas cosas, quiere transfigurarlas, convertirlas en amor a Él. Por eso, ahora pido perdón en mi corazón, me arrepiento, y así me preparo para renovar la alianza con Él en la confesión. A ella llevaré también las cosas nuevas que he advertido en el Examen. Ahora centro mi atención en mi lucha espiritual, para ver si voy madurando. ¿En qué aspectos la lucha es más fuerte? ¿Qué

tentaciones me reclaman para un combate más duro? ¿Cuándo aparecen más? ¿Puedo ver las nuevas armas con las que lucho, ponerlas delante del Señor, o hago lo de siempre? Necesito ver la presencia del Señor en esa lucha, que quiere acabar con mi egoísmo.

“Conserva la calma, no temas y que tu corazón no desfallezca”.

Concluyo dando gracias a Dios por la misericordia que ha tenido al dejarme ver, al concederme su luz, su gracia y su amor. Pido al Espíritu Santo que me mantenga en esa intimidad con el Señor para acercarme así al sacerdote ahora en la confesión, y mantener la mirada de Cristo sobre el Padre, sobre mí mismo y sobre el mundo.

Oración del Jubileo 2025

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

Vexilla regis (Venancio Fortunato)

Avanzan los estandartes del Rey,
brilla el misterio de la Cruz,
ese patíbulo donde el Creador de la carne
padece en la suya propia.

El cual, al ser herido, además,
por el hierro cruel de una lanza,
manó Sangre y Agua,
para lavar nuestras culpas.

Oh árbol resplandeciente y hermoso,
engalanado con púrpura del Rey,
sólo tú fuiste elegido para que tu noble tronco
entrara en contacto con miembros tan santos.

Qué Cruz tan dichosa,
aquella de cuyos brazos, como en una balanza,
estuvo colgado el Precio del mundo,
que arrebatara al infierno su presa.

¡Salve! Altar, ¡Salve!,
Víctima, gloriosa en la pasión,
donde la Vida sufrió la muerte
y con su muerte nos devolvió la Vida.

¡Salve!, oh Cruz, única esperanza:
en este tiempo de pasión,
aumenta en los justos la gracia
y borra las culpas de los pecadores.

Oh Trinidad, fuente de salvación:
que te celebren todas nuestras almas:
y ampara por los siglos sin término
a quienes has salvado por el misterio de la Cruz.
Amén.

Para orar al final de la Cuaresma

Gloriémonos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo,
y, con el corazón lleno de alegría,
con toda reverencia y gozo espiritual,
celebrems el misterio del Madero.

Nuestro Señor y Salvador, para nuestra salvación,
estuvo colgado en la Cruz y en ella venció al diablo;
en la altitud de esta misma Cruz
pendieron los delitos del primer hombre
y las manos que llevaron a la boca la comida prohibida.

Por esta Cruz, el apetito de la concupiscencia desordenada,
que suscitó la aparente dulzura del árbol,
fue vencido con la amargura de la hiel,
y el deseo de la gula, al que engañó el atractivo del fruto,
fue refrenado por la aspereza del vinagre.

Por esta Cruz, el veneno que la serpiente
brindó a los primeros hombres,
fue expurgado del pecho de los fieles
por la medicina que brotó del costado de Cristo.

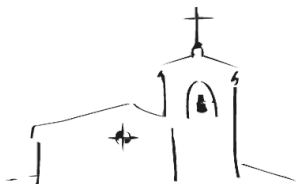
Finalmente, por esta Cruz,
la confesión del nombre de Cristo
restauró sin duda al hombre expulsado del Paraíso
por haber desobedecido al precepto.

R/. Amén.

Con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo,
que vive y reina en la Trinidad, un solo Dios,
por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Agenda parroquial

- * **Miércoles 5 de marzo.** De ceniza. Comienzo de la Cuaresma. Imposición de la ceniza en las misas: 9,30 (NS Begoña), 19 (NS Carmen), 20 (NS Begoña).
- * **Todos los viernes** de Cuaresma: Via Crucis, a las 9 (NS Begoña) y a las 18,30 (NS Carmen)
- * **Sábado 8 de marzo.** 17 h. Retiro de Cuaresma.
- * **Todos los domingos:** después de la misa de 19h, rezo comunitario del oficio de Vísperas.
- * **Lunes 10 de marzo.** 19,30h. Conferencia: Los evangelios dominicales de Cuaresma en el Ciclo C (San Lucas).
- * **Lunes 17 de marzo.** 19,30h. Conferencia: A los 1700 años del Concilio de Nicea: ¿un villancico en Cuaresma? Por P. Manuel González López-Corps.
- * Solemnidad de san José. **19 de marzo.** Día de precepto.
- * **Lunes 24 de marzo.** 19,30h. Oración: Confessio fidei. En el 1700 aniversario del Concilio de Nicea. Preside: Rvdmo. P. Juan Antonio Martínez-Camino, obispo auxiliar de Madrid.
- * Jornada de oración por la vida. **25 de marzo.** Encarnación del Señor.
- * **Jueves 10 de abril.** 19, 30h. Concierto de Cuaresma. Schola Gregoriana Cum Iubilo, de Madrid.
- * **Lunes 14 de abril.** Lunes santo. 19,30h. Celebración penitencial.



Parroquia Nuestra Señora del Carmen
(El Plantío)

